

Dimos por compartir un banco del paseo un día en el que un sol melindroso de primavera temprana a duras penas entibiaba la sangre lenta de este par de solitarios jubilados. Los plátanos reverdecían a la luz limpia que dejaba un nordeste perezoso al que no convenía dar la espalda. Aun así él, empeñado en una marchita masculinidad, como si a estas edades hubiese algo que aparentar mas allá que distinción, se atrevía con una camiseta de mangas cortas que mostraba ostensiblemente un tatuaje en cada brazo. Ya no me agradó su aspecto desaliñado, de rebeldía trasnochada, en el instante que se me acercó preguntándome si me importaba que se sentase, y de buenas ganas le hubiese dicho que sí, que me importaba. Su estilo de vestir no correspondía con una edad que alcanzaba la mía, y menos aun esa absurda coleta trenzada con avaricia en un puñado de canas nacidas de las sienes, que acentuaba la dureza de un rostro aplastado por una eterna lucha cotidiana. Una vez inevitablemente sentado, al percatarse de mis miradas mal disimuladas a sus tatuajes, me comentó con una sonrisa todo lo amable que le permitían sus labios de pez la razón de su existencia. El de la parte interna del antebrazo, torpemente realizado por un condenado a perpetua en trazos gruesos y desiguales que exhibían la desesperanza árida del autor, era un corazón, dentro del cual se intuía más que leer la palabra madre, en pago a la suya, que durante casi un año no faltó un domingo de visita a la penitenciaría en donde había terminado en un error de juventud. El otro, este ya trabajado con destreza en la parte externa del bíceps, representaba un rostro de mujer con halo de espíritu, en el que se adivinaba el erotismo sobrio y apocado del estilo de los cincuenta y los restos de una delgadez traicionada en el recuerdo por las grasas que alimentaban el contorno del brazo que lo portaba. “Es Sagrario, mi mujer”. La forma en que lo dijo espaciando las palabras, con tristeza y rencor acumulado, con la entonación burlesca del herido por el destino, me hizo suponer que ya no vivía. Discretamente no pregunté por ella, no quería alentar más conversación con esta dudosa compañía. Ya se hacía tarde, así que me levanté para despedirme, entonces le ofrecí mi mano con un educado “encantado” que le cogió desacostumbrado. Reaccionó y me ofreció la suya, pequeña, trabajada y endurecida, y con dos

dedos menos. Ante el gesto de extrañeza que dibujaron los arcos de mis cejas, un tic rebosante de remilgos, aclaró sin inmutarse, llanamente, “fueron los perros”.

Coincidimos un par de veces más a la misma hora en el banco. No tenía porque cambiar mis costumbres para evitarlo. Me agradaba caminar por el paseo, vital y rejuvenecido en los atardeceres primaverales, y el descanso en el banco formaba parte de un ritual irrenunciable. Se sentaba a mi lado ya sin pedir permiso, en una confianza tomada por la mano, y manteníamos diálogos banales durante la escasa media hora que coincidíamos. Hablaba lenta y pesadamente, arrastrando las palabras con un silbido imperceptible, y de vez en cuando se quedaba en silencio, con su vista perdida en cálculos del pasado, alcanzando un mundo de recuerdos profundos del que se extraviaba en el camino de vuelta.

No volví a verlo hasta dos meses después, a la vuelta de haber pasado una temporada en casa de mi hija. Los días ya eran más calurosos y desde el paseo se veía en la playa el colorido desordenado de los primeros bañistas de la temporada. Me saludó con una felicidad indisimulada al encontrarme en el banco. Vestía una a todas luces inapropiada camiseta de tirantes. Amplia y muy escotada permitía la visión de otros tres tatuajes. Por dos no le pregunté, por no parecer demasiado curioso y porque su motivo ya daba alguna pista sobre su origen. Eran dos escudos, uno con motivos militares tatuado en el hombro izquierdo y el otro, más heroico aun, escondido en la maraña peluda de su pecho derecho, al que pese a mi poca afición al deporte, rápidamente relacioné con alguna entidad deportiva. Fue por el significado de una enorme cruz gótica engalanada con cintas y rebordes en el omoplato derecho por el que me interesé. Le señalé la espalda y él entendiendo que mi gesto se refería a la fea cicatriz que le cruzaba el espinazo con el fulgor de un relámpago partiendo la cruz a la mitad, me dijo, “fueron los perros”. “No, si me refiero al tatuaje”, le corregí. “Ah el tatuaje, me lo hice por la muerte de Sagrario”.

No descubrí el último de los tatuajes hasta un día ya de extremo verano. Sufría estoicamente el calor desmedido, enredándoseme al cuello como la soga del patíbulo en mi corbata empapada en

sudor, cuando lo vi llegar por el paseo, con unas bermudas que dejaban a la vista sus ridículas pantorrillas de viejo, blancas, lampiñas y escuálidas, de alita de pollo. Allí, en la parte externa del gemelo, aparecía una segunda cruz, esta enflaquecida por los años de una robustez perdida, más pequeña y simple que la de la espalda. Notando de nuevo que me había fijado en ella, y antes de darme ocasión a preguntarle, me dijo, no sin cierto hartazgo, “es por la muerte de Rosendo”. Y viendo que no era suficiente, que sus pocos detalles no me daban paso al estrecho espacio de sus confidencias, añadió, “con él estuve en África, y con él iba al fútbol, siempre batallando. Siempre juntos. Y en mi casa nunca le faltó un plato, ni a él ni a sus mastines.”

Esa tarde al despedirme, creyendo haber alcanzado a comprender el significado oculto que de su vida se leía en las figuras de su piel, y dejándome llevar por la curiosidad, me atreví a preguntarle. “¿Su madre esta aun viva?”. Sorprendido por la pregunta, por primera vez molesto, diría que herido por lo absurdo de la intención, me contestó, “No, hace ya muchos años que murió, la mataron los disgustos que le dio su único hijo, ¿porque me hace esa pregunta?”

- Perdóneme mi desfachatez, sé que ya tenemos una edad, pero simplemente supuse, no sé..., que de estar muerta se hubiese tatuado usted una cruz, como lo ha hecho con los otros seres queridos.

Entonces fue cuando se dio cuenta de lo lejos que estábamos. Me miró como si acabase de descubrir lo ajeno que yo era a su vida. Lo diferentes que éramos y seríamos y que nuestras pequeñas y banales conversaciones todavía pendientes en el aire, enredadas en las ramas de los plátanos, tejidas en un idioma común, que lo parecía, pero que realmente estaban habladas tan diferentes como lo están las mantenidas entre dos interlocutores de dos confines del mundo opuestos y lejanos, no nos habían hecho más conocidos. Y con esa decepción, dolido por el tiempo perdido, mirando al suelo con sus ojos amarillentos, me dijo con tristeza por última vez:

- No puede haber cruz por mi madre, porque a ella no la maté.